

mundo, no tiene el contacto necesario con el pueblo, y á veces ni de sus mismos feligreses es conocido. El abuso de la no residencia causa grave perjuicio á la religion: un ministro desempeña precipitadamente sus funciones en dos ó tres parroquias campestres el domingo, y en seguida se retira y desaparece en su casa durante toda la semana. Considerado bajo el punto de vista filosófico, no se podría criticar ese género de vida á que se ha entregado el clero británico, pero religiosamente analizado, es indudable que acelera la caída del cristianismo. No puede uno figurarse la admiración que causa en los extranjeros el oír que los ministros del culto ingleses asisten á los bailes; los dan en sus propias casas, y toman parte en diversiones en que no dominan mas que el vino y las mujeres. En una palabra, en nada se distinguen las costumbres de este clero de las del resto de sus compatriotas (1). Las luces, la erudición, la filosofía y la generosidad que he encontrado en algunos miembros de la Iglesia Anglicana, me hacen deplorar en el fondo del corazón la ruina á que en mi concepto la fuerza de las cosas y la marcha del siglo van á precipitarlos. No me parece posible que su género de vida pueda seguir por mucho tiempo acomodándose con sus grandes rentas; porque si bien son dueños de la primera, las segundas, esto es, las rentas, no pertenecen sino al pueblo. Perdónese me el hablar con alguna severidad: profeso odio á la mentira, y hasta por agradecimiento me veo obligado á expresarme con esa franqueza, á fin de que el clero busque en su sabiduría los medios á propósito para conjurar la catástrofe que les anuncio.

CAPITULO LIV.

DEL CLERO DE ESPAÑA Y PORTUGAL.—VIAJE Á LAS AZORES.—ANÉCDOTA.

Considero al clero español y al portugués como no componiendo mas que una sola corporación, y voy á referir un hecho que he presenciado, y que dará á conocer sus costumbres mejor que cuanto yo podía decir.

Hallándonos á la altura de de las Azores durante la primavera de 1791 y empezándonos á faltar el agua y provisiones, resolvimos tocar en dichas islas. En el buque que me conducía á América habia bastantes clérigos franceses que emigraban á Baltimore, bajo la direccion del superior de San... M. N. Entre ellos habia algunos extranjeros, y particularmente un jóven inglés llamado M. T. hijo de una excelente familia, y que acaba de convertirse al catolicismo (2).

(1) Esto presenta además el grave inconveniente de propender á aumentar la secta presbiteriana que se aprovecha de esa facilidad de costumbres para calumniar á los ministros ingleses. Así es que los presbiterianos se aumentan en proporcion espantosa, porque la política viene también en apoyo de la religion. Es cierto que la religion de Inglaterra subsistirá mientras la constitucion del Estado; pero hay que tener mucha cuenta de que una parte del edificio no venga al suelo por efecto de la relajacion de costumbres; porque en tal caso seria inevitable la ruina total. Temamos las revoluciones. Si en Inglaterra llegara á ocurrir una en estos tiempos, la de Cromwell no habria sido mas que un juego comparada con ella: yo me sé la razon.

(2) Es demasiado curiosa la historia de ese jóven para que yo deje de referirle particularmente hallándome en Inglaterra donde podrá interesar á muchas personas: ruego pues al lector, termine esta nota antes de proseguir con la lectura del capítulo.

M. T. habia nacido de madre escocesa y padre inglés, que segun creo era ministro de W. (aunque por mas diligencias que he hecho no me ha sido posible indagar su paradero, sin duda porque me habré olvidado de los nombres.) El jóven habia servido en artillería y es indudable que su mérito le habria hecho progresar en esa carrera. Pintor, músico, matemático, y poseedor de varios idiomas, reunia los conocimientos útiles, y os que nos hacen amables en la sociedad

El 6 de mayo á las ocho de la mañana dimos vista al pico de la isla del mismo nombre que segun dicen

con las ventajas de una elevada talla y una hermosa figura. Habiendo M. N. superior de San... venido á Londres, segun creo en 1790 conoció al jóven M. T. Siendo tan astuto el primero como fogosa la imaginacion del segundo, no tardaron mucho en estar acordes en que este pasaria á Paris, pediria desde allí su licencia absoluta al duque de Richemont, abrazaria el catolicismo y despues de profesar iria con M. N. á América. Así se hizo: el jóven á pesar de las cartas de su madre, que en realidad le arrancaban lágrimas, se embarcó para el Nuevo Mundo.

Uno de esos azares que deciden de nuestra suerte nos reunió á bordo de un mismo buque, donde no tardé mucho tiempo en descubrir aquella alma tan mal acomodada con las que le rodeaban; confieso que no me cansaba de admirar la rara casualidad que hacia figurar á un inglés rico y de buena familia en un grupo de sacerdotes católicos. El jóven echó de ver que yo comprendia su situacion: deseaba estrechar nuestras relaciones, pero temia al mismo tiempo á M. N. que ya le habia dado á entender que yo le era sospechoso y no le acomodaba que hubiera mucha intimidad entre los dos.

Nuestro viaje se iba prolongando y aun no habiamos tenido ocasion de franquearnos enteramente: por fin una noche pudimos quedar solos sobre cubierta y el jóven me refirió su historia. Le manifesté que si en realidad creia que la religion romana era mejor que la protestante, nada tenia que objetar respecto de su conversion, pero que á pesar de eso no podia menos de considerar como una insigne locura, de la que se arrepentiria amargamente, el que hubiere abandonado su patria, su familia y su fortuna, para ir al otro lado del mundo con un seminario ambulante. Le insté á que rompiera abiertamente con M. N. y diciéndome que no podia hacerlo por haberle entregado todo el dinero que tenia le ofrecí mi bolsillo, y le manifesté que mi designio era emprender una correría entre los salvajes despues de haber entregado mis cartas de recomendacion al general Washington, que si queria acompañarme en aquella interesante expedicion volveriamos á Europa, que yo en obsequio de su amistad pasaria á Inglaterra y lo entregaria en el seno de su familia, prometiéndole además escribir á su madre dándole cuenta de esa buena noticia. El jóven se avino á todo y desde entonces quedamos enlazados con una tierna amistad.

Ambos eramos apasionados á la naturaleza. Pasábamos noches enteras hablando cuando todo el resto de los pasajeros estaban entregados al sueño y no velaba mas que el cuarto vigilante. Algunas veces íbamos surcando por aquel inmenso mar, en tanto que brillaba sobre nuestras cabezas la magnífica iluminacion del firmamento tachonado de estrellas. No eran en tal caso indignas nuestras conversaciones del portentoso espectáculo que se nos presentaba á la vista, y de cuando en cuando se nos ocurrían pensamientos de aquellos que uno tendria vergüenza de anunciar en medio de la sociedad, pero que consideraria como una fortuna poderlos grabar en la memoria y coniarlos al papel. En una de aquellas hermosas noches, hallándonos á unas cincuenta leguas de las costas de la Virginia, é impedidos por una ligera brisa empapada con el aroma de la tierra compuso mi amigo un canto para una letrilla francesa en el cual se exalaba abundantemente el espíritu de la escena que se lo inspiraba. He conservado en la memoria aquellas preciosas notas, y cuando alguna vez las repito en las actuales circunstancias, me veo dominado de emociones que pocas personas podrian comprender.

Antes de esa época, habiendo declinado considerablemente el rumbo hacia el Norte, tuvimos que abordar en la isla de S. Pedro (en la costa de Terranova.) Durante los quince dias que allí nos detuvimos, recorrimos mi amigo y yo las montañas de aquella espantosa isla perdiéndonos en medio de las nieblas de que sin cesar está cubierta. Complaciase la sensible imaginacion de mi amigo en aquellas escenas sombrías y románticas, y alguna vez vagando entre nieblas y ráfagas de viento, oyendo los bramidos del mar que se ocultaba á nuestra vista, y hallándonos al borde de algun turbio torrente que se precipitaba entre peladas rocas se ponía á declamar en su calidad de medio escocés pasajes de Osian, para los cuales improvisaba cantos salvajes que mas de una vez me han traído á la memoria el «*twas like the memory of joys that are part, pleasing and mournful to the soul.*» Mucho siento no haber reducido á nota escrita aquellos cantos extraordinarios que habrian admirado á los alicionados y á los artistas.

Recuerdo que una tarde nos entretuvimos en colocar nuestro grandes pedruzcos en memoria de cierto infeliz, celebrado

excede en elevacion al de Tenerife y finalmente á las once y media anclamos en una mala rada, sobre un fondo de rocas.

La isla *Graciosa* que era adonde habiamos abordado está compuesta de pequeñas colinas cuyo contorno se encorva un poco hacia la cúspide, como el de las hermosas líneas de los vasos corintios. En aquel momento se hallaban cubiertas de verdes campos de trigo que exhalaba el suave olor particular á los campos de las Azores. En medio de las verdes campiñas se veían las divisiones simétricas, ó linderos de las heredades, contruidos de las piedras volcánicas medio negras, medio blancas, hacinadas unas sobre otras.

Algunas higuera silvestres con sus hojas violáceas y sus pequeños frutos de color de púrpura colocados como granos de rosario en las ramitas, aparecian confusamente esparcidas por la campiña. Al pié de un monte en cuya cima dominaba un convento, se veían colorear sobre un terreno pedregoso los tejados de la pequeña ciudad de Santa Cruz. Toda la isla con sus recortes de bahías, cabos, colinas y promontorios se reflejaba en sentido inverso sobre la superficie de las olas. Grandes peñascos desnudos, verticales al plano del mar le servían de faja exterior, contrastando por sus colores oscuros con los festones de espuma que iluminados por el sol parecían un collar de filigrana de plata. El pico de la isla del mismo nombre se elevaba magestuosamente coronado de nubes por encima de la Graciosa en el fondo del cuadro. Un mar de color de esmeralda y un horizonte de azul purísimo eran, digámoslo así, la magnífica tapicería de aquella decoracion, en tanto que bandadas de aves propias de aquel país con su rápido vuelo y con sus graznidos al cortar las olas con sus grandes alas en forma de

en un pequeño episodio á la manera de Osian. En aquella ocasion nos acordábamos de Rousseau cuando se entretenía en su isla en levantar piedras para ver lo que habia debajo. Si no teniamos el talento del autor del *Emilio*, no le cediamos en sencillez. Otras veces herborizábamos.

Mas ya desde entonces conocí que no podia contar para mucho tiempo con la amistad del jóven T. Antojéseles á los curas hacer procesiones y mi amigo al verlas corrió desaladamente, se colocó en las hilas y se puso á cantar como uno de tantos. Desde aquel sitio escribí á la madre de T; mas ignoro si mi carta llegó, como el gobernador me lo habia ofrecido á su destino, y en vista de que las esperanzas que en ella daba yo á aquella señora se han desvanecido, debo alegrarme de que en realidad se haya extraviado la carta.

Cuando llegamos á Baltimore mi amigo desapareció repentinamente, sin manifestar ningun recuerdo de nuestras relaciones, ni de lo que yo habia hecho por él particularmente, atrayéndome el odio de los clérigos: desde entonces no lo he vuelto á ver. El desgraciado estaba fascinado y se desentendía de todo género de reflexiones. Menos me ha interesado la ingratitud de aquel jóven que el deseo de saber la suerte que le habrá cabido. Yo no desearia sino saber que es feliz: cuando lo conocí, no era lo que soy ahora: entonces podia yo hacer algunos servicios á un amigo, y no acostumbré por cierto desde que he caído en la pobreza el recordar mis anteriores relaciones con los ricos. El obispo de Londres me ha permitido hojear algunos registros y en ellos he encontrado el nombre del ministro T. Preciso es que se me haya olvidado la ortografía del nombre. No me acuerdo sino de que aquel jóven tenia otro hermano y que dos hermanas suyas estaban acomodadas en la corte. Pocos hombres he encontrado, cuyo corazón estuviera mas en consonancia con el mio que el de aquel jóven; sin embargo mi amigo tenia sin duda alguna segunda intencion, cosa de que yo no era capaz.

Nada puede tolerarse en esa nota mas que mis descripciones como viajero. Como buen filósofo no podia yo eximirme del carácter de mi secta, esto es, el furor de la propaganda y la propension á calumniar á los sacerdotes. Como embajador he sido mas afortunado durante mi residencia en Londres que cuando me hallaba allí como emigrado, pues en 1822 tuve el gusto de encontrar á M. N. No llegó á ordenarse, permaneció en el mundo, se casó, es ya tan viejo como yo; no tiene ya segundas intenciones y la novela de su vida está á punto de concluir así como la mía. (N. ED.)

hoz, y al pasar por encima de nuestro buque, aumentaban en nuestro alrededor el ruido, el movimiento y la vida.

Se determinó que yo como intérprete juntamente con T, otro jóven y el segundo capitán pasáramos á tierra: echóse al mar la chalupa y nuestros marineros remaron hacia la isla de la cual nos hallábamos aun á dos millas de distancia. No tardamos en apercibir que habia movimiento en la costa, y que una ancha canoa salía á recibirnos. Cuando estuvimos al alcance de la voz vimos que en ella venian una multitud de frailes. Interrogáronnos en portugués, en italiano y en francés y nosotros contestamos en esos mismos idiomas diciendo que eramos franceses. En la isla se habian alarmado, pues nuestro buque era el primero de alto bordo que se hubiese atrevido á echar áncoras en la peligrosa rada en que nos hallábamos; por otra parte aun no habia flotado sobre aquellas aguas nuestra bandera tricolor y no sabian si eramos Tunecinos ó procedentes de Argel. Al ver que nuestro aspecto era como el de los demás hombres y que entendiamos el idioma en que nos hablaban, los buenos frailes de la canoa tuvieron una singular alegría, y habiéndonos hecho pasar á bordo llegamos á Santa Cruz, no sin alguna dificultad, á causa de la violenta resaca que produce la costa.

Todos los habitantes de la isla acudieron á vernos. Cuatro ó cinco desdichados á quienes habian á toda prisa armado de picas nos rodearon. El uniforme que yo llevaba atrajo particularmente la atencion de todo el mundo y fui considerado como el hombre importante de la diputacion. Lleváronnos á la presencia del gobernador que habitaba en una miserable casa y estaba vestido de un traje que en algun tiempo fue verde y estuvo adornado de galones de oro: allí nos recibió oficialmente su eminencia (a), y nos dió permiso para comprar las diversas cosas que nos hacian falta.

Despues de esta ceremonia nos dejaron en libertad y nuestros buenos frailes nos llevaron á un parador ancho, cómodo y de buenas luces, que era mucho mas digno de alojar al gobernador que la casa en que realmente habitaba.

..... se habia encontrado con un compatriota. El fraile que mas molestia se tomaba en servirnos era de Jersey y habia sido marinero en un buque que habia muchos años habia naufragado á vista de la Graciosa. Así que se vió solo en tierra tuvo el buen sentido de comprender que en aquella isla no podia dedicarse á ninguna ocupacion mejor que á la de ser fraile: mostróse pues, muy sumiso á las lecciones que le daban los reverendos, aprendió el portugués y al cabo de unos cuatro meses se halló en disposicion de leer el latin, hasta que por último hablando en su favor la circunstancia de ser inglés fue elevado á las sagradas órdenes aquella oveja que volvia al redil. Excusado es decir que el marinero de Jersey, bien alimentado, y en una habitacion cómoda sin tener que pensar en nada y bebiendo *fayal* á todas horas, comprendió que aquel estado era preferible á tener que subir á *tomar un rizo* á la vela del palo mesana.

Mas no se le habia borrado todavía de la memoria su primitiva condicion. Como hacia ya mucho tiempo que no habia oído hablar en su idioma patrio, tenia un verdadero placer de haber encontrado por último alguno que le entendiera: reía, juraba y nos referia con frases dignas de su antigua profesion la escandalosa vida de alguno de los frailes que nos acompañaban y que estaria acaso muy distante de imaginarse el género de conversacion con que el hermano

(a) Claro está que por el traje verde debí comprender que el gobernador no era cardenal y por lo tanto no pude llamarle *eminencia*. Acaso esta equivocacion será culpa del corrector inglés que la usó en vez de *excelencia*. ¡Hacen tan poco caso de tales títulos en Inglaterra! (N. ED.)

de Jersey nos regalaba. En seguida nos llevó á ver la isla y el convento.

La mitad de la Graciosa sin mucha exageración me pareció habitada de frailes y el resto de los moradores debe indudablemente estar también unida á ellos por los mas tiernos vínculos. Manifiesto esta opinión confirmando no solo en lo que me contaron muchas mujeres, sino en observaciones, que habiendo sido

hechas por mí mismo, no me dejan la menor duda acerca de su veracidad. Paso por alto algunas graciosas escenas que aquí nos ocurrieron (1), y me limito á lo concerniente al clero.

Al anochecer nos sirvieron una excelente cena, y como para muestra de las bellezas de la isla se nos presentaron unas lindas jóvenes. Fácil es prever lo que allí sucedería; al llegar media noche ninguno de



VELA DURANTE LARGAS NOCHES JUNTO A SU LECHO SOLITARIO.

los convidados habria podido tenerse de pié. A las seis, nuestro fraile de Jersey nos dijo medio tartamudeando, y repitiendo cierto juramento inglés bastante conocido, que iba á cumplir con la obligación de su estado: le acompañamos á la iglesia, y en menos de cinco minutos quedó todo corriente. Muchos portugueses asistieron muy devotamente al santo sacrificio de la misa, y al volver observamos que la gente del pueblo que encontraba al fraile besaba su hábito con el mayor respeto. El descarro con que aquel marinero lleno aun de vino, y de vapores de la orgía daba su mano á besar fue cosa que me divertió extraor-

dinariamente si bien en el fondo del alma no pudo menos de lamentar la estupidez humana.

(1) Dos rasgos pueden servir para probar á nuestros lectores la ignorancia, ociosidad y la especie de infancia en que aquellos buenos frailes se hallaban á fines del siglo XVIII.

Llevaronnos misteriosamente á ver el órgano de la parroquia pensando tal vez que nunca habíamos tenido ocasión de ver un tan raro instrumento. Sentóse con aire triunfal el organista al teclado y empezó á tocar un miserable retazo de canto llano dirigiéndonos miradas al soslayo como para ver el efecto que en nosotros iba á producir. Nosotros aparentamos una profunda admiración: así que acabó, T..... alargó

CAPITULO LV.

¿CUÁL SERÁ LA RELIGION QUE REEMPLAZARÁ AL CRISTIANISMO?

Al concluir este abreviado compendio del politeísmo y del cristianismo se presenta una cuestion que puede formularse en estos términos. ¿Cuál será la religion que reemplazará al cristianismo (b)?

Por mas interesante que sea esta cuestion no es posible casi resolverla con arreglo á los datos comunes. El cristianismo cae de dia en dia, y sin embargo no vemos que ninguna secta oculta circule secretamente por Europa, ni se halle en estado de poder invadir los límites de la antigua religion. Júpiter se hundió para siempre con todo su olimpo: la doctrina de Swedenborg, ó sea de los *iluminados* nunca podrá llegar á ser un culto dominante: podrá tal vez pretender un reducido número de individuos tener inspiraciones, pero no la masa de los individuos. También es absurda la suposición de que pueda existir un culto moral, en que se personificaran únicamente las virtudes como la sabiduría, el valor, etc.

La religion natural tampoco presenta probabilidades: el sabio puede tal vez adoptar su culto, pero la comprensión de la multitud nunca llegará á su altura: un Dios, la inmortalidad del alma, y las penas y recompensa, necesariamente suscitan en el pueblo la idea de un culto compuesto; por otra parte, nunca, como lo acabo de decir podrá levantarse el pueblo á la altura de esa metafísica.

¿Podrá suponerse que algun impostor, algun nuevo Mahoma, saliendo de las regiones de Oriente, avanzará hácia nosotros con el hierro y el fuego en la mano, y nos obligará á los cristianos, á doblar la

Habiendo embarcado nuestras provisiones á eso del mediodia regresamos á bordo de nuestro buque, constantemente acompañados de los buenos hermanos, que por último nos presentaron una enorme cuenta del gasto que habíamos hecho, y despues de cobrada, y llevándose nuestra correspondencia con encargo de remitirla á Europa se separaron de nosotros con las mayores protestas de amistad. Habiéndose encontrado nuestro buque durante la noche en inminente peligro por haberse levantado una fuerte brisa del Este, se trató de virar el áncora; pero se perdió, como ya lo habíamos previsto. Tal fue el resultado de nuestra expedición.

Quiero creer que esas costumbres no son las que generalmente tiene el clero español y el portugués (1); aunque sabido es que no son de las mas puras. En vista de ellas podría predecirse la ruina de la religion, si al mismo tiempo el pueblo no estuviera tan envilecido, y fuera tan supersticioso que apenas se concibe cómo podría encontrar en sí mismo bastante energía para sustraerse á los abusos que le devoran.

El cristianismo subsistirá por lo tanto mucho tiempo en España, á menos que algunas causas extrañas al país no contribuyan á acelerar su ruina.

Es digno de atención el que los frailes de la Graciosa hablasen también de las reformas que debían hacerse en sus conventos, sin duda tenían alguna noticia de lo que en Francia habia ocurrido. Por lo tocante á la conducta del marinero de Jersey puede decirse que no carecia enteramente de imaginación, ni hasta de una especie de filosofía; por lo menos habia sabido elegir su puesto mas bien entre los engañadores, que entre los engañados, y obrando de este modo estaba seguro de tener en su favor el voto de una respetable mayoría de la sociedad (a).

modestamente la mano como para pulsar una tecla, y el organista dirigió sobre él una mirada de compasión, como quien dice: *no es para tí*, pero T se fue humildemente poniendo en posición y súbitamente hizo resonar en el órgano toda la armonía de un célebre pasaje de Pleyel. Difícil sería pintar la grotesca escena que aquel ex-abrupto produjo: el organista quedó como petrificado en el taburete, los frailes con el rostro pálido y desencajado quedaron extáticos y con la boca abierta, en tanto que los legos nos andaban observando como uno de los mas raros fenómenos.

La segunda anécdota no es tan divertida pero da una idea de lo que eran aquellos frailes. Presentáronnos un Padre cuyo aire reservado y lleno de importancia daba á entender que era el *Doctor* del claustro. Este venerable sacó de su manga un *Corazon de Jesús*, todo pintorroteado de signos cabalísticos. Mis compañeros no entendían nada de aquello, y al fin la curiosidad me hizo fijar la atención. Yo sabia leer algo el hebreo y ví que el buen Padre no habia hecho mas que copiar un versículo de la Biblia; mas como por no saber mas habia omitido los puntos que en ciertos casos suplen por sus posiciones relativas á las vocales, no habia hecho mas que amontonar consonantes, cuyo sentido nadie hubiera podido descifrar. Yo noté el error; me sonreí, pero no dije nada: poder leer aquellas palabras *Corazon de Jesús* en hebreo era ya demasiado y no me hubiera sorprendido que la inquisición hubiese tenido que entender en aquel caso de manifiesta brujería. Otro tanto pasó poco mas ó menos cuando nos oyeron interpretar el *Camoens* y algunos otros autores españoles.

(1) Como el mismo autor va á desmentir esta imprudente calificación en la nota final del capítulo, es inútil, que por nuestra parte tratemos de rechazar tan grosera calumnia del modo que se merece. (N. del T.)

(a) ¿Qué significa, que prueba esa escandalosa conducta del marinero de Jersey hecho fraile en las Azores? Nada absolutamente nada. ¿Qué tiene que ver el desenfreno de unos cuantos frailes en una isla en medio de los mares con la conducta del venerable clero español? Nada, absolutamente nada. Esa narración de mal género y que en todas sus cláusulas revela la inexperiencia de un joven, es un argumento hasta perjudicial para el sistema que me habia propuesto; pero yo queria á todo trance hablar de mis viajes, y no pude contenerme, cual debia, en la descripción de la isla.

Una sola idea grave hay en ese relato, y es la de que en

España subsistirá por mucho tiempo el cristianismo con tal que algunas causas extrañas al país no aceleren su ruina. Digo también porque se concibe cómo el pueblo español tan envilecido y supersticioso podrá encontrar en sí mismo bastante energía para sustraerse á los abusos que le devoran. La guerra de la Independencia demuestra de un modo terminante que *ese pueblo se ve sobrado de energía para sacudir el yugo extranjero*.

Mas acertadas fueron mis profecías en el *Genio del Cristianismo*, cuando dije: La España, separada de las demás naciones, ofrece al historiador un carácter aun mas original: la especie de estancamiento de costumbres en que reposa podrá serle útil algun dia, y cuando los pueblos europeos se hallaran ya gastado por la corrupción, solo la España podrá erguir su cabeza, y volver á presentarse imponente en la escena del mundo, por la razon de que sus costumbres siguen siendo inalterables en el fondo. (*Genio del Cristianismo*, part. III, lib. III, cap. V.) Tampoco alcanzo la razon de haber querido á todo trance confundir á los españoles con los portugueses en ese capítulo del *Ensayo*, siendo así que ambos pueblos son muy diferentes entre sí. Habiendo tenido los ingleses desde la alianza de la familia de Lancaster con la casa reinante de Portugal, multiplicadas relaciones, han ejercido mucha influencia en las costumbres de ese pueblo. (N. ED.)

(b) Este capítulo tiene alguna semejanza con el último y tal vez el mejor, del *Genio del Cristianismo*, cuyo epigrafe es: *¿Cuál sería actualmente el estado de la Sociedad si el cristianismo no hubiese aparecido en la tierra?* Pero en el primero incurrió en el despropósito de suponer que el cristianismo se va extinguiendo, y en el otro supongo que nunca ha existido. Si esto fuese así, la posición de la sociedad nunca sería la misma en ambos casos, pues aun pudiendo ser destruido el cristianismo, siempre quedarían huellas de su paso entre los hombres, y su moral sobreviría á los dogmas. Sin embargo de este capítulo del *Ensayo* puede inferirse un hecho grave, y es el que considero como imposible que la sociedad pueda existir sin religion, y me espanta la idea de que esta pueda dejar de existir sobre la tierra. El principio de orden que va envuelto en esa idea es el contrapeso de todas las divagaciones á que me he entregado. (N. ED.)

rodilla ante su ídolo? Las armas de fuego nos han puesto á cubierto de semejante calamidad (1).

¿ Surgirá de entre nosotros, cuando el cristianismo se haya completamente desacreditado, algun hombre que predique un nuevo culto? No se pierda de vista que en tal caso los pueblos seran demasiado indiferentes en materias de religion, y estaran demasiado corrompidos para hacer caso de los delirios del nuevo profeta: por lo tanto su doctrina moriria en nuestro siglo tan desprestigiada como la de los *iluminados*. Sin embargo, ó ha de existi una religion, ó ha de perecer la sociedad. Cuanto mas se examina esta cuestion tanto mayor es el terror que se apodera del alma: no parece sino que la Europa está abocada á una revolucion, ó mas bien á una disolucion, de la cual los trastornos de Francia no han sido sino precursores.

Otra hipótesis. ¿ No sería tambien posible que los pueblos llegaran á un grado tal de luces y de conocimientos morales que no tuvieran necesidad de ningun culto? ¿ No ha cambiado el descubrimiento de la imprenta todos los antiguos datos sobre el particular? El examen de este asunto pertenece al sistema de perfeccion de que hablaré en otra parte, y sobre el cual no diré en este momento sino una palabra.

Quando se reflexiona que la gran causa que con tanta frecuencia renovó la faz del mundo antiguo ha cesado ya enteramente, y cuando se considera que la Europa no debe tener temor de la irrupcion de los pueblos salvajes, se abre para el observador un inmenso campo de conjeturas.

¿Cuál será el destino de las futuras generaciones? Puede esta cuestion resolverse de dos modos.

O bien los pueblos, enteramente ilustrados por un prodigioso cúmulo de luces, se uniran bajo un mismo gobierno en un estado de felicidad inalterable;

O bien desgarrados interiormente por revoluciones parciales, despues de largas guerras civiles y de una anarquía espantosa iran simultáneamente cayendo en la barbarie. Durante aquellos trastornos, algunas naciones menos avanzadas en la corrupcion y las luces, se elevaran sobre las ruinas de las otras, hasta que les llegue la hora de perecer por las mismas causas que las anteriores; volveran las primeras á surgir nuevamente: volveran á caer, y así andará continuamente el género humano agitándose en un eterno círculo de revoluciones.

Si de lo pasado podemos deducir algunas conjeturas para lo venidero, será preciso confesar que esta última solucion es la mas análoga á nuestra debilidad (a): si se me pregunta qué pueblos seran los pri-

(1) Esta ventaja será nula si los gobiernos cristianos tienen la locura de enseñar el arte de la guerra á los sectarios del Alcoran. Crimen sería ese de lesa-civilizacion que nuestros venideros, tal vez cargados de cadenas echarian en cara con lágrimas de sangre á cuatro miserables hombres de Estado de nuestro siglo. Esos mal llamados políticos no habrían hecho más que invocar en beneficio de sus mezquinos sistemas á los fanáticos soldados de Mahoma, dándoles medios de vencer, y consintiendo que se les enseñara el arte de la guerra. Y no siendo la disciplina militar lo mismo que la civilizacion, no cabe duda que los bárbaros adoradores del Profeta pueden siendo dirigidos por oficiales renegados aprender á ganar batallas con las mismas reglas que los soldados cristianos.

El mundo mahometano *bárbaro* estuvo á punto de subyugar al mundo cristiano *bárbaro*. Sin el valor de Carlos Martel tal vez en la actualidad cubriria un turbante nuestra cabeza. El mundo mahometano *disciplinado* podrá poner en el mismo peligro al mundo cristiano *civilizado*. No se necesita para eso tanto tiempo como generalmente se piensa, diez años bastan para formar un buen ejército, y pues los cosacos, vasallos del czar han llegado á bañarse en el Sena viniendo desde las fronteras de la China, nada habria de extraño que los negros de Abisinia, esclavos del Gran Turco vinieran á solazarse en el patio del Louvre. (N. ED.)

(a) No: el progreso de las luces es un hecho indudable;

meros en destruirse, responderé que seran los que se hallen mas corrompidos. Sin embargo, hay eventualidades y sucesos incalculables que pueden causar la ruina de una nacion antes de la época marcada por la naturaleza. Pero esas visiones políticas son demasiado inciertas: solo pueden servir cuando mas para satisfacer la inclinacion de nuestra alma que la induce á fijarse en perspectivas infinitas, y pues nada útil podemos aprender sobre el particular, dejemos de interrogar á los siglos venideros, demasiado distantes para que podamos oírlos, y cuya débil voz espira al remontarse hasta nosotros al través de la inmensidad del porvenir.

He llegado ya al término de la primera parte de mi empresa. He presentado al lector una historia casi completa de las revoluciones de la Grecia, consideradas en sus analogías con la revolucion francesa. Vamos ahora á dejar la sagrada patria de los talentos, para no volver ya á ocuparnos mas de ella. Si he sabido inspirar durante el viaje algo de interés al lector, espero que no se desdenará de seguirme en la correría que voy á hacer por Italia y por los pueblos modernos; pero antes es preciso decir un último adiós á Esparta y Atenas, y tratar de resumir todo lo que hemos aprendido.

CAPITULO LVI.

RESÚMEN.

En la primera parte de este libro, primero hemos estudiado la *revolucion republicana de la Grecia*, examinado su influencia sobre las naciones contemporáneas, y seguido sus ramificaciones hasta perderlas de vista.

En la segunda parte de este mismo libro, comprendida bajo el título de *Revolucion de Filipo y Alejandro*, hemos fijado la atencion en los tiranos de Atenas, en Dionisio de Siracusa, en Agis de Esparta, en los filósofos griegos, en su influencia política y religiosa y en la historia del origen, progreso y decadencia del politeísmo: como paralelo de todos esos acontecimientos hemos presentado la Convencion francesa, los Borbones en su emigracion, Luis XVI en París, los filósofos modernos, la influencia que en su siglo ejercieron, y por último, hemos tambien presentado un apéndice histórico del cristianismo y del clero. La primera parte forma un todo compacto que se enlaza mutuamente y la segunda es un conjunto de documentos análogos no menos instructivo. Fáltanos, pues, ahora reconocer la altura en que nos hallamos y hasta qué punto hemos avanzado respecto del plan general del *Ensayo*.

Por de pronto nos hemos ocupado (y nos ocupare-

ya como que ya no es posible, gracias al descubrimiento de la imprenta, que estas perezcan por mas revoluciones que se supongan, el esplendor de aquellas irá siempre en aumento. No es posible suponer que esas luces, mas ó menos derramadas sobre la multitud, dejen de ejercer su influencia sobre la sociedad en general. ¿ Podrá contarse la hipótesis de una destruccion casi completa del mundo civilizado por la guerra, ó por la peste? Adviértase que América se ha civilizado á su vez lejos de la vieja Europa, y que por lo tanto sería preciso suponer que las naciones del nuevo continente habian de ser destruidas al mismo tiempo que las del antiguo. Hasta el espacio que la civilizacion ocupa en la actualidad sobre el globo es una nueva esperanza de que nunca podrá llegar á ser destruida. Fácil era que allá en los tiempos remotos hubiera perecido al impulso de una invasion de los bárbaros, porque entonces se hallaba únicamente reducida á los pequeños límites de la Grecia: pero en la actualidad, aun cuando fuera posible, aun cuando llegara á verificarse otra invasion de pueblos desconocidos cómo podrian los nuevos bárbaros recorrer para extinguir la civilizacion las cuatro partes del mundo, y hasta las islas del océano Pacífico? (N. ED.)

mos aun por mucho tiempo) en la investigacion de estas cuestiones, á saber:

1.^a ¿Cuáles son las revoluciones que durante otros tiempos han ocurrido en los gobiernos de los hombres? ¿Cuál era en aquellas épocas el espíritu de la sociedad, y cuál fue la influencia de esas revoluciones en la era en que se desarrollaron y siglos que las siguieron?

2.^a ¿Habrá entre esas revoluciones alguna que por sus tendencias, ó por las costumbres y luces de su época pueda compararse con la revolucion francesa? Trátase ahora de saber si en realidad hemos dado algun paso hácia la solucion de estas cuestiones.

No puede negarse que hemos dado uno y de bastante consideracion: aunque este libro no constituya sino una pequeñísima parte del inmenso asunto de la obra, puede sin recelo ninguno decirse que la mayor parte de las cosas que algunos querian hacer pasar por nuevas en la revolucion francesa, han sido casi literalmente copiadas de la historia de la antigua Grecia. Hemos adquirido el importante conocimiento de que el hombre, en la limitacion de sus medios y de su genio, nada mas hace que repetirse eternamente; que se agita en un círculo cuya salida (a) procura en vano encontrar; que hasta los mismos sucesos no dependientes de la accion del hombre, y que al parecer estan enlazados con el mero capricho de la fortuna, no hacen tampoco mas que reproducirse eternamente: de manera que sería imposible componer un cuadro, en el cual todos los sucesos imaginables de la historia de un pueblo dado, se hallasen reducidos á una exactitud matemática, y aun cuando de la composicion de ese cuadro surge una inmensa variedad de cálculo, dudo que sus caracteres primitivos pudieran llegar á ser extremadamente numerosos (1).

¿ Pero qué fruto podria sacarse de esa observacion en provecho de la revolucion francesa? Uno muy grande.

En primer lugar, cualquiera que se llegue á vencer de que nada hay nuevo en la historia, perderia la afición á las innovaciones, afición que yo considero como una de las mayores calamidades que en estos momentos afligen á la Europa. El entusiasmo, por lo tocante á este particular, proviene de la ignorancia; dispese esta y el otro se desvanecerá; el conocimiento de los hechos obra como un poderoso narcótico sobre la exaltacion.

Pero ademas de esa gran ventaja ¿quién no comprende que ese cuadro general de las causas, fines y efectos de las revoluciones conduce gradualmente á resolver la cuestion última que nos hemos propuesto por objeto

(a) No se agita el genio del hombre en un círculo del cual no puede salir. Antes por el contrario (prosiguiendo la alegoría) traza círculos concéntricos que cada vez se van haciendo mayores, y cuya circunferencia se aumenta sin cesar en un espacio infinito. Obstinándose en el *Ensayo* en juzgar lo presente por lo pasado deduzco muchas consecuencias; pero partia de un punto falso: en la actualidad niego la mayor de mi argumento, y todas aquellas consecuencias vienen al suelo. (N. ED.)

(1) Ese cuadro ó estado es fácil de componer y no sería un juego frívolo. En él podrian establecerse como principios dos clases de gobierno, el monárquico y el republicano, el hombre político y civil se encontrarían colocados en dos columnas: en la tercera se indicarian los diversos grados de ignorancia é ilustracion, y en la cuarta las eventualidades. Multiplicados todos esos números por las diversas pasiones como la envidia, la ambicion, el odio, el amor etc. se indicarian sus resultados en una quinta columna: todo eso vendria á resolverse en fracciones compuestas por los matices de carácter etc. Pero guardémosnos bien de trazar semejante cuadro: sus resultados serian tan terribles que ni aun me atrevo á suponerlos.

* Idea ingeniosa pero enteramente inútil. En tiempo de la Calprenede y de la señorita Scuderi se hacian mapas de *La Ternura* que debian ser muy parecidos á mi estado de *la política*. (N. ED.)

de esta obra, esto es, á saber. « Si la revolucion francesa se consolidará? Vemos efectivamente pueblos que hallánlose en igual posicion que la Francia, han intentado las mismas cosas; viendo las razones que dieron buen resultado, ó hicieron fracasar sus proyectos; no habrá un motivo para conjeturar el establecimiento ó la caída de la república en Francia? Ya he dejado entrever mi opinion (b) por lo tocante á este asunto; mas aun no es ocasion de desenvolverla por completo, pues debe ser el resultado del conjunto de las revoluciones y no de una parte de estas. De todos modos es indudable que he seguido el único camino que conduce al descubrimiento de esta verdad, que interesa no solo á Europa, sino al resto de todo el mundo.

Debo hacer observar que el lector que desee formular un juicio exacto, no deberá descuidar un momento de emplear toda su cautela; porque es absolutamente necesario que considere los objetos bajo su verdadero punto de vista. Mucho menos se trata de la semejanza de la política y de los acontecimientos, que de la situacion moral del pueblo: las costumbres, ese es el punto que no se ha de perder de vista y la clave del libro del destino (c) Si repito con sobrada frecuencia esa palabra *costumbres*, es porque en realidad, son el centro en torno del cual giran todos los nuevos políticos: en vano pretenden desviarse; á su pesar tienen que describir en rededor su órbita; ó caer en un vacío sin límites, si acaso llegan á desprenderse de aquel centro comun de atraccion.

El segundo tomo de este *Ensayo* va á principiar con las revoluciones romanas (d), asunto que aun tiene mas magnificencia que el que acabamos de describir. Fácil es reparar que en cuanto me es dable, procuro variar la marcha de esta obra; pero todo asunto tiene sus defectos, y el de esta obra, á pesar de su grandiosidad, tiene el de caer en repeticiones. Procuraré, pues, escribir cada revolucion bajo un plan distinto de las otras como ya lo he practicado en las dos primeras partes de este libro.

Despues de haber demostrado lo que resulta de la lectura de este libro por lo tocante á la verdad general, paso á notar algunas verdades particulares que se pueden deducir acerca de la naturaleza del hombre considerada en sus relaciones morales y políticas; voy pues á presentarlas en el estado en que existen en mi manuscrito, en forma de pensamientos sueltos indicando únicamente el asunto que me las ha suministrado.

El hombre se compone de dos órganos diferentes en su esencia, sin relaciones en su poder: la cabeza y el corazon.

El corazon siente, la cabeza compara.

(b) Esta opinion indudablemente sería la de que la revolucion francesa no llegaria á consolidarse. En esta opinion habia tanto de verdad, como de mentira; la primera, porque la república debia transformarse en despotismo militar ó en monarquía templada; la segunda porque era imposible que la revolucion no dejara huellas en pos de sí. Finalmente lo que en particular podía llamarse inexacto en esa opinion era el querer sacar consecuencias de la sociedad antigua á la moderna y sacar comparaciones de hombres y cosas que ninguna relacion tienen entre sí. (N. ED.)

(c) Es cierto por lo tocante á los pueblos antiguos, pero no respecto de los modernos. He repetido mil veces esta observacion en el curso de la obra. (N. ED.)

(d) El *Ensayo* en la edición de Londres no formaba mas que un volúmen de 681 páginas. En la edición actual el aumento á que se refiere esta nota formaria el segundo tomo, si alguna vez pudiera ocurrirseme el continuar semejante obra. Es cierto que su continuacion obra en mi poder; pero las llamas me libraran de ella, salvando únicamente algunas páginas que emplearé en otra obra. Espanto me causa el considerar mi prodigiosa fecundidad. Preciso es que en mi juventud los dias tuviesen para mí mas de 24 horas: algun demonio alargaba sin duda el tiempo que yo empleaba en mi diabólica ocupacion. (N. ED.)